

La ética ambiental frente a la sobrepoblación

Lizabeth Sagols

Referencia: este texto fue elaborado para presentarlo como ponencia en el XI Seminario de Bioética de la Universidad de Salamanca, en febrero de 2010. Posteriormente será publicado como capítulo de un libro colectivo de la misma Universidad.

Abstract

La sobrepoblación es la principal causa del deterioro ambiental y de la deshumanización actual. Sin embargo, hay resistencia a asumir este dato debido a los prejuicios contra la crítica a la sobrepoblación: es necesario dejar morir de hambre a algunos; hay un desprecio hacia la humanidad; el varón dejará de ser tal si no somete a la mujer con la maternidad. Tales prejuicios responden a intereses de las iglesias patriarcales y de los grandes monopolios, los cuales silencian el problema a fin de tener mayor clientelismo, y las iglesias, para someter a la mujer. Incluso autores destacados de la bioética ambiental se hacen eco de tales prejuicios. En este artículo se analizan de forma crítica las posturas de Holmes Rolston, Robin Attfield y Bryan Norton para demostrar más allá de biocentrismos y de posturas exaltadoras de lo humano, requerimos detener urgentemente la sobrepoblación mediante una educación igualitaria entre el varón y la mujer y una comprensión conjunta del ser humano y la naturaleza.

Palabras claves: sobrepoblación, crisis ecológica, deshumanización, mujer, biocentrismo, antropocentrismo, Rolston, Attfield, Norton, educación igualitaria.

El actual crecimiento poblacional resulta excesivo, a pesar de que algunos países como Alemania y España registran una implosión demográfica.¹ Basta con advertir que mientras en 1850 éramos 1000 millones de humanos, hoy somos 6 000, 800. En tan sólo 160 años nos hemos sextuplicado. Otro dato que ayuda a comprender lo que esto significa es que si sumamos la cantidad total de humanos

¹ El problema, por desgracia no es de los países aislados sino del mundo en su conjunto. Por ende, la solución no está –como piensan algunos en una redistribución de la población; de todas formas, la cantidad total es excesiva para el planeta.

desde la aparición del homo sapiens en la Tierra hasta nuestros días tenemos un número de personas igual a la que actualmente, en un mismo tiempo, conforma la población mundial. Si ello fuera poco, la ONU nos informa que cada dos segundos nacen 27 niños en todo el mundo, y si sumamos los segundos en un año llegamos a una cifra semejante a la del total de nacimientos registrados por el Census Bureau de EEUU:² ¡ 100 millones de nuevos habitantes en tan sólo un año!!!

Pero el exceso no proviene de la mera cantidad. La sobrepoblación no es igual a la densidad poblacional, sino a la relación entre ésta y los recursos no renovables, en particular, los indispensables para sobrevivir: agua, aire, bosques, tierra fértil, un clima estable y la diversidad de especies animales y vegetales. Lo grave del asunto es que estamos en una auténtica crisis ecológica. Nuestra relación con la vida está siendo destructiva y todos tenemos una gran responsabilidad ética en esto. Hoy más que nunca, después de las múltiples críticas a la razón instrumental, sabemos que somos los causantes del deterioro planetario.³ Por otro lado, la sobrepoblación trae consigo un creciente deterioro de la vida humana e incluso una deshumanización. Los signos son múltiples, pero resaltan al menos dos: 1) el aumento del hambre en los países subdesarrollados, que no consiste en no tener algo que comer, sino en que la comida no posee los nutrientes necesarios y 2) en tanto los recursos son limitados nos convertimos en competidores que trabajan en exceso, excluimos a muchos otros del ámbito laboral y cada vez tenemos menos oportunidad de cultivar a fondo el pensamiento,

² www.censubureau.com

³ Vid., Horkheimer, M., *Crítica de la razón instrumental*, Trotta, Madrid, 2002, Jonas, H., *Principio de responsabilidad*, y Nicol, E., *El provenir de la filosofía*, FCE, México, 1977

la libertad expresiva y el auténtico encuentro interpersonal. Desde luego, también esto apela a nuestra responsabilidad ética frente a la sobrepoblación.

Sin embargo, hay resistencia a tomar en serio los datos anteriores. La crítica a la sobrepoblación está plagada de prejuicios: se piensa que estamos yendo contra la existencia humana o que pretendemos –como Malthus- dejar que los pobres, cuya existencia estaría de sobra, mueran de hambre. También se piensa que hay detrás una mentalidad tiránica, de medidas draconianas, como la de los políticos chinos que castigan los nacimientos no previstos. Y existe la idea, patriarcal sin duda, de que el varón dejará de ser tal si no ejerce su dominio sobre la mujer teniendo el número de hijos que él quiera. En consecuencia, se ha impuesto un silencio sobre el tema. Llama la atención que políticos y escritores como Al Gore, en su famoso video “Una verdad incómoda” se contentan con consignar las cifras poblacionales, pero no se atreven a ofrecer una solución, sólo proponen disminuir las emisiones de CO2 sin asumir que si fuéramos menos no contaminaríamos tanto, con CO2 o con cualquier otro combustible sustituto.

La persistencia de estos prejuicios responde –como lo han advertido diversos teóricos- a los intereses de las iglesias católica y musulmana, así como de los grandes monopolios. Ambas instancias se sostienen por las enormes cantidades de gente, y las iglesias incluso por la miseria, el sufrimiento de los fieles y el otro factor decisivo, puesto que son iglesias patriarcales: el sometimiento de la mujer y la consiguiente desigualdad entre ésta y el varón.⁴

⁴ Eherlich, P., *The population bomb*, Ballantine Books, Canadá, 1968; Silva, Jorge, “El largo peregrinar hacia la humanización”, en prensa, en la Rev. De la Universidad La Salle.

En la ética ambiental también predomina el silencio. Son pocos los filósofos ambientalistas que se ocupan de la sobrepoblación y quienes lo hacen, lejos de criticar los prejuicios nombrados, los confirman o simplemente los asimilan de forma acrítica, sin llegar a ofrecer una salida convincente. Es preciso, pues, develar esta manera de proceder para ir un paso más allá en la forma de enfrentar la sobrepoblación. Holmes Rolston III, desde el biocentrismo, niega la diferencia del ser humano frente a otras especies, da primacía total a la naturaleza y ofrece una solución malthusiana. Por el contrario, Robin Attfield hace valer a la humanidad sobre la naturaleza, desde un antropocentrismo no declarado, pero firme, pues en su planteamiento la idea de limitar el crecimiento poblacional es atentar contra la existencia humana. Bryan Norton, por su parte, busca un equilibrio entre hombre y naturaleza, pero en el terreno de un esquema racional y no en el de los hechos. Aunque considera importante limitar la sobrepoblación, la ve como un problema a futuro y evade decir cómo limitarla. ¿Qué ocurre al interior de esta disciplina que no ha asumido aún la dimensión ética del conflicto poblacional?

Rolston III en su artículo "*Feeding people versus saving nature?*"⁵ afirma que el ser humano tiene un valor específico dentro de la evolución de la naturaleza, dado que es el ser más evolucionado desde el punto de vista genético, sin embargo, por encima de él está la naturaleza en su conjunto y ésta debe mantener en equilibrio a las diversas especies aún a costa de sacrificar vidas humanas. Y es que Rolston concede al conjunto de la naturaleza (incluyendo, las especies

⁵ en *Environmental ethics, an anthology*, Andrew Light y Holmes Rolston coord., Backwell, 1999, pp. 451-462

animales y vegetales integradas a la cultura y las que permanecen en estado salvaje) un valor intrínseco: *per se*, mientras que el ser humano tendría, a fin de cuentas, un valor instrumental. Bajo esta idea básica, Rolston considera que tener hijos es bueno en sí mismo, pero cuando en una familia nace el décimo, se convierte en una desgracia. Así, aunque la existencia humana tiene un valor propio, en tanto ha crecido de forma desmesurada, constituye un auténtico cáncer para el planeta, pues ocasiona que para sobrevivir, los humanos agoten al máximo los recursos naturales no renovables, vitales para subsistir y provoquen la extinción de muchas otras especies. Por ejemplo, el exceso de población humana en Zimbague provoca que se mate a los rinocerontes para vivir del comercio de sus cuernos. Según Rolston, si en verdad queremos salvar al planeta y reconocemos el valor intrínseco de las otras especies, no nos queda sino dejar de alimentar a los nuevos niños de Zimbahue para que vivan los rinocerontes. Después de todo, sostiene él, si observamos los valores que influyen en nuestra forma de vida, veremos que alimentar a la gente no es una prioridad; si lo fuera, dejaríamos de hacer conciertos y grandes celebraciones para destinar ese dinero a alimentar a los pobres. Rolston no tiene entonces reparos en plantear que desde ahora, conviene resolver los males de la sobrepoblación dejando morir de hambre a algunos humanos para que el planeta sobreviva.

De esta forma, Rolston le da la razón a quienes piensan que detrás de la crítica a la sobrepoblación hay siempre una visión malthusiana. Y resulta obvio que con ello no accedemos a una solución ética del crecimiento poblacional. Como lo han destacado ya diversos críticos de la ética ambiental, el biocentrismo lejos de favorecer una visión ética y humanista, la pone en cuestión al

homogenizar todas las formas de vida y olvidar nuestra diferencia: la razón creadora de valores y normas, la capacidad de estar más allá de la naturaleza. Con este olvido, el biocentrismo nos hace idénticos a las otras especies.

Desde luego, tenemos que buscar la forma de que los rinocerontes y tantas otras especies no se extingan, pero no puede aceptarse sin más la muerte del otro pues, justo porque poseemos razón nos anticipamos a la muerte, mientras que el animal no. Asimismo, el respeto a la vida del otro es capital para la ética, decretar que algunos deben morir, aún por conservar el ambiente, es salirse del universo ético.

Por otra parte, con frecuencia se ha señalado como un problema más del biocentrismo su concesión de valor intrínseco a la naturaleza y su ceguera ante los intereses prácticos de la subjetividad en todo lo que se refiere a la valoración del mundo natural. A mi juicio, el biocentrismo no falla precisamente por esto. Es cierto que no toma en cuenta la participación de la subjetividad en la valoración, pero ello no se debe a que le conceda valor *per se* a la naturaleza, sino a que hace de ésta un absoluto que devalúa al ser humano.

Es preciso reconocer que justo porque el valor vale siempre para el sujeto, tiene al menos dos dimensiones, ya que el sujeto las posee también. Éste tiene, en efecto, una dimensión práctica e incluso pragmática en la que entran tanto la mera utilidad (que es lo que rechaza Rolston) como la actividad y los intereses político-sociales. Pero además, la subjetividad tiene una dimensión contemplativa que le permite reconocer el valor intrínseco de algo, no como independiente de sí misma, dado que ella es quien contempla, pero sí alejada de los intereses político-sociales y los utilitarios. En esta dimensión, se reconoce que algo vale *per se*, por

el sólo hecho de existir, por ello valoramos la presencia de todo lo que existe y admiramos el mundo natural desde el punto vista estético, espiritual o religioso. Esto resulta innegable en una relación sensible hacia la naturaleza, en la cual sabemos que hay algo no ético en destruir la vida.

Desde esta perspectiva, el escollo del biocentrismo está en que considera que la valoración *per se* de la naturaleza es la única y no acepta que, también están la dimensión práctica y utilitaria. Dicho en otros términos, la naturaleza y la diversidad de especies valen *per se*, pero esto no significa que no las podemos utilizar, ni mucho menos que si queremos evitar su utilización excesiva tengamos que devaluar al ser humano en cuanto a su propia condición y sus necesidades práctico-utilitarias y debemos preferir la muerte de seres humanos a la de los rinocerontes. Y es digno de notarse que Rolston no haga ninguna referencia a la liberación de la mujer mediante la limitación de la sobrepoblación. En la medida en que él es un biólogo, pierde la perspectiva de los problemas humanos.

Desde una postura muy distinta, Robin Attfield en su artículo: “*Saving, nature, feeding people and ethics*”⁶ se opone de manera radical a la propuesta de Rolston. Attfield, también valora, al menos en principio la naturaleza, la biósfera, pero no le concede un valor intrínseco en tanto conjunto. Lo que vale de forma intrínseca son los seres individuales, los cuales tienen *potencialmente* la capacidad de florecer y ser autónomos. Según Attfield, siendo objetivos, hemos de admitir que el ser humano es quien tiene un florecimiento y una autonomía mayores. Este filósofo no se reconoce como antropocéntrico, llama a su postura “objetivismo del valor” y consiste en reconocer lo que vale *per se*, pero además en

⁶ en *Environmental ethics, an anthology*, Andrew Light y Holmes Rolston coord., Blackwell, 1999, pp. 463-471

priorizar, en relación a los valores, la vida civil que es quien elabora las normas y la única que puede regularse a sí misma. Se da aquí, de manera implícita, una autocomplacencia con los humanos, que en el fondo hace que en el análisis de la sobrepoblación, Attfield exalte a nuestra especie y roce con el antropocentrismo.⁷

Según este filósofo, en tanto el individuo es lo que vale de forma intrínseca y el humano vale más, cualquier nacimiento humano es valioso en sí mismo, es una bendición, aún cuando se trate del décimo hijo de una familia. Attfield considera hiriente la idea rolstiana de la sobrepoblación como un cáncer, ante todo porque en el cáncer el crecimiento no tiene valor intrínseco, mientras que el aumento poblacional conlleva el nacimiento de seres que tienen desde antes de nacer y en *potencia* un valor propio. Además, dicha metáfora propicia, según él, un desprecio por la humanidad que nos llevaría a pensar que algunos están de sobra.⁸ Por ende, no conviene decir que somos demasiados, aún cuando se estén extinguiendo muchas especies, pues ni siquiera se ha comprobado –dice Attfield– que ello esté relacionado con el incremento poblacional humano.

Lo decisivo para él, es regular nuestras sociedades con normas, sistemas de justicia y organizaciones económicas. Hemos de confiar en que gracias a la capacidad de florecimiento del ser humano, éste sabrá resolver los embates del crecimiento poblacional; desconfiar de él en este punto es ofenderlo. El hambre existe porque no hemos adoptado una distribución socialista de los alimentos como la que proponen Amartya Sen y David Schmitz. En cuanto la adoptemos

⁷ No quiero decir aquí que Attfield sea un pensador antropocéntrico, pero sí que ante las críticas a la sobrepoblación concede demasiada importancia al ser humano.

⁸ La idea de la humanidad como cáncer le parece incluso peligrosa a Attfield pues podría llevarnos a suspender la ayuda a enfermos y desfavorecidos y dejarlos morir.

(y de seguro la humanidad lo hará) la población mundial dejará de ser una amenaza.

En definitiva, Attfeld piensa que la sobrepoblación aún no es inconveniente. Hay que esperar a que ella se estabilice por sí misma antes de llegar a 11 mil millones; en ese momento, asuntos como el calentamiento global sí serían graves, pero ahora no lo son. Limitar en la época actual la población nos llevaría a contar con menos seres potencialmente valioso, menos seres morales – dice de forma expresa Attfeld- y nos llevaría también a detener el desarrollo sustentable de la sociedad. Sólo podremos limitar el crecimiento poblacional dentro de unos 50 años, cuando hayamos avanzado en bienestar y civilidad y ello implica llegar a los 8 mil millones.⁹ En este momento, podremos implementar políticas públicas democráticas, participativas y apoyadas en una educación de las mujeres sobre la fertilidad.

Al contrario de Rolston, Attfeld enfatiza la importancia del ser humano. Él pretende darle un lugar específico a los individuos naturales en tanto también pueden florecer, pero a fin de cuentas, el hombre tiene que aumentar su desarrollo económico-social sirviéndose de la naturaleza. Llama la atención que Attfeld no hable, en sus reflexiones acerca de la sobrepoblación, del agotamiento de los recursos no renovables, ni mucho menos de aquellos elementos y condiciones que resultan vitales para sobrevivir. En el conjunto de su filosofía encontramos que tales recursos se tienen que regular por la responsabilidad civil, más no

⁹ Para apoyar esta cifra, Attfeld señala en su libro: *Environmental Ethics*, que estudios de la comisión Mundial sobre Medio ambiente y desarrollo que nos dice que se pueden cultivar en un 150% más las tierras y podríamos alimentar a 11 mil según millones, pero en su opinión esto sí deterioraría la ecología, aumentaría el calentamiento global, la salinización de la tierra cultivada y la desertificación. Vid., Attfeld, *Environmental Ethics*, Policy Press, 2003, p. 126

porque el crecimiento poblacional los ponga en crisis. Quizá en cinco décadas esto sea así, por ahora, debemos seguir teniendo varios hijos.

Considero de nuevo que el problema es la absolutización de aquello a lo que se le reconoce valor intrínseco y no el hecho de reconocerlo. Desde Kant, se precisó que la persona humana tiene valor intrínseco, en el sentido de que es digna, única e insustituible y ello es base de los Derechos Humanos. No obstante, Attfield no se contenta con esto, por el contrario, hace extensivo tal valor intrínseco a los nacimientos potenciales. Desde mi punto de vista, es indispensable reconocer que el valor *per se* de los seres humanos se da en tanto son personas nacidas, no antes. Los Derechos Humanos declaran que “toda persona nace libre y con dignidad igual”; no se declara nada semejante para antes del nacimiento. Por ende, no puede decirse -como lo hace Attfield que, en su potencia de ser, el hombre sea moral, ni que por este falso supuesto cualquier nacimiento sea una bendición. Los ya nacidos podemos decir -quizá- que nacer es una bendición, igual que comer bien y tomar un medicamento adecuado, pero es innegable que comer o ingerir medicamentos en exceso conlleva serios males. Del hecho de que algo sea bueno no se desprende que su aumento será mejor.¹⁰ De igual forma, el exceso de nacimientos, está trayendo graves conflictos al ser humano y al planeta. Asimismo, la condición moral del ser humano depende de su práctica real, no potencial. Afirmar lo contrario es concebir al hombre -junto con la tradición aristotélico-tomista y acaso con la iglesia católica- como una sustancia cuyas propiedades se dan de manera inalterable, desde el principio y hasta el final. Y no queda claro por qué si Attfield es capaz de avizorar políticas

¹⁰ Dobson, A., *Pensamiento verde*, “Introducción”, Trotta, Madrid, 1999, p. 12

democráticas y educativas -que dicho sea de paso son las únicas con las que podemos combatir la sobrepoblación- no podemos empezar ya a combatirla y hayamos de esperar a ser 8 mil millones. Esto sólo se explica si nos autocomplacemos en ser más o si, por alguna razón –como las creencias católicas- tememos detener los nacimientos y somos ciegos al papel que juega aquí la mujer. No hay en Attfield ninguna mención al sometimiento de las mujeres con la maternidad múltiple!!!! Pero si en verdad nos interesa la calidad de vida del hombre y la mujer, y las oportunidades para que florezcan, hemos de limitar los nacimientos desde ahora y no dentro de 50 años. No es ético dejar de actuar en el presente en función del valor intrínseco de la humanidad, por el contrario, es ético advertir que ésta se está deteriorando por la cantidad excesiva. En el fondo, el planteamiento de Attfield es un eco del prejuicio de que criticar el crecimiento poblacional es ir contra la humanidad, así como del prejuicio de que es inconveniente liberar a las mujeres.

Otra postura antropocéntrica pero menos exaltadora de lo humano es la de Bryan Norton. En “Environmental ethics and weak anthropocentrism”¹¹ él nos advierte que le interesa tan sólo proponer un marco teórico de trabajo, acompañado de principios, congruente con una visión racional del mundo y que, al menos por el momento, no le preocupa la verdad de su esquema. Bajo este horizonte, habla de antropocentrismo “débil” para distinguirlo del que se da en el utilitarismo hedonista: del consumo y la explotación. Según Norton, hemos de partir de los intereses humanos, puesto que somos nosotros quienes regulamos la relación con la naturaleza y es un hecho que necesitamos progresar, pero

¹¹ en *Environmental ethics, an anthology*, Andrew Ligth y Homes Rolston coord., Backwell, 1999, pp. 163-174

debemos actuar siempre conforme al ideal de proteger a la naturaleza y no destruir las otras especies. Dicho ideal es una guía de la acción, no implica en modo alguno que la naturaleza tenga valor intrínseco, pues si así fuera, ella valdría con independencia de nuestros intereses y lo cierto es que el mundo natural nos interesa como recurso, pero también como belleza y como inspiración de ideas religiosas y espirituales. Para él no sólo resulta imposible pensar la naturaleza sin relación al hombre, sino además sin los intereses políticos y sociales. Los valores no sólo los construye el ser humano, sino que lo hace en la política.

De acuerdo a lo anterior, Norton piensa la naturaleza como si fuera una Fundación heredada y a cargo nuestro, con un fideicomiso propio –que corresponde a los recursos no renovables- y que hemos de administrar lo mejor posible guiándonos por preferencias consideradas y no sentidas, es decir, deben predominar las preferencias deliberativas que toman en cuenta los efectos a largo plazo.

La sobrepoblación, por su parte, pertenece a un conjunto de conductas que ha de evitar la ética ambiental. Para ello, debe calcularse la proporción entre los habitantes y el flujo de recursos a fin de lograr un equilibrio entre el desarrollo social y la salud de la naturaleza que hemos de heredar a las nuevas generaciones. Sin embargo, Norton no precisa los criterios de tal equilibrio, porque en el fondo para él, el crecimiento poblacional –igual que para Attfeld, no es un conflicto actual. Norton considera de manera expresa que si continuamos con las políticas poblacionales de la actualidad crearemos una severa sobrepoblación y afectaremos de forma muy seria al ambiente. El problema es

entonces para el futuro, no para el presente. Así, Norton no asume la necesidad de poner límites a la población de hoy en día. Por un lado, refuerza esta idea con el hipotético caso de que una generación entera decidiera esterilizarse para poder consumir sin causar daño a sus hijos. Frente a ello, afirma el imperativo de la reproducción como un principio ético: no podemos dejar de reproducirnos porque un universo con conciencia es mejor que uno sin ella. De esta forma, Norton exalta, aún sin quererlo, la reproducción, evita la limitación poblacional y es ciego ante el sometimiento patriarcal de la mujer. Por otro lado, nos propone confiar en que la tecnología ofrecerá sustitutos a los recursos no renovables, como lo ha hecho con el combustible de carbono. Si podemos dejar estos sustitutos a las futuras generaciones no tenemos porque preocuparnos del gasto que hagamos. De nuevo, nos da razones para no limitar la población mundial, en vez de hacerlo.

Con Norton escapamos por fin a la concentración de la ética ambiental en el hombre o en la naturaleza y a la absolutización de alguno de estos términos; ambos son considerados en el modelo de la fundación que hemos de administrar. Y es que Norton concibe los valores desde una subjetividad práctica capaz de incorporar a la naturaleza como ideal, por tanto, no excluye al mundo natural y ni sujeto ni objeto adquieren un carácter absoluto. Ésta es su gran ventaja. Sin embargo, la subjetividad en Norton excluye la dimensión contemplativa del sujeto. Podemos pensar que esto no le afecta en nada, pues de todas formas reconoce el valor de la naturaleza por su belleza e inspiración religiosa y espiritual como un ideal que coinciden con una visión racional del mundo. No obstante, este moverse sólo en el terreno de lo ideal, lo que coincide con el afán de Norton de ofrecernos sólo un marco teórico y razonable, sin necesidad de ver si es verdadero o falso,

deja a los ideales sin referencia en algún rasgo del ser humano o de lo que llamamos realidad; los ideales quedan reducidos al puro idealismo y pierden fuerza motivadora. Y lo mismo ocurre con un esquema conceptual que no se ocupa de los hechos concretos; pierde eficacia. No es difícil advertir que el quedar encerrado en el ámbito conceptual es lo que impide a Norton ofrecer una salida a la sobrepoblación actual. Sólo en el terreno de una razón adecuada a sí misma y sin referencia a los hechos, puede plantearse el caso hipotético de que toda una generación decidiera esterilizarse¹² y sólo en el terreno de la razón puede afirmarse, en las circunstancias actuales, que tenemos el deber ético de reproducirnos, sin señalar un límite preciso para ello.

En el fondo, el antropocentrismo débil de Norton en tanto no puede ocuparse de lo real, acaba siendo tan autocomplaciente como el de Atfield: concentra su atención en el ser humano, no quiere limitar la cantidad de nacimientos y no acaba de asumir el conflicto que representa la sobrepoblación para la naturaleza. Prueba de ello es que Norton no habla de los elementos y condiciones indispensables para sobrevivir. Nos dice que la tecnología puede crear sustitutos de combustibles de CO₂; no dice ni una palabra sobre qué hacer con la escasez mundial de agua (que ha causado guerras entre judíos y árabes), con la contaminación del aire (que ha cobrado ya múltiples muertes humanas, animales y vegetales) con la falta de bosques y tierra fértil (que ocasiona el hambre), y con el cambio climático (que amenaza con hacer casi imposible la vida en la Tierra). Hasta ahora, no hay ningún sustituto tecnológico de todos estos

¹² La idea de que toda una generación pudiera decidir no reproducirse carece de realidad por la simple y sencilla razón de que en las cuestiones de la vida y la muerte hay una gran variedad de opiniones y pasiones. Algunos querrán no reproducirse, y quedar sin descendencia, otros querrán adoptar, y otros si se reproducirán. En esto no puede haber consenso.

recursos. E igual que en Attfiel, no hay en Norton ni una mención sobre si las mujeres quieren o no seguirse reproduciendo sin límite.

Frente a estas posturas polarizadas considero, en síntesis, que la ética ambiental debe deshacerse del peso de los prejuicios y admitir, sin reservas, la urgencia de limitar la población mundial. Desde luego, la ética exige que esto se haga sin dejar morir de hambre a nadie, sin métodos impositivos y tiránicos y sin ningún desprecio por la humanidad. Nadie de los ya nacidos está de sobra, pero todos hemos de contribuir a detener la crisis ecológica y a propiciar formas más humanizadas de vida creando conciencia de que un índice de nuevos nacimientos como el actual, amenaza las otras formas de vida, a nosotros mismos y la liberación de la mujer. Esto implica, por supuesto, desarrollar una educación democrática –como la prevista por Attfield- sólo que para lograr la limitación de la fertilidad hemos de educar a mujeres y hombres y no sólo en relación a la reproducción, sino también hemos de mostrar los inconvenientes de exaltar al ser humano o a la naturaleza, pues esto trae una inevitable subordinación entre ambos: hemos de educar más allá de antropos y biocentrismos absolutizantes y mostrar la íntima relación hombre-naturaleza.¹³ Conviene, asimismo, educar más allá del patriarcado, en una igualdad mujer-varón y trascender con ello la más terrible opresión que ha sufrido la humanidad, la de la mujer, mitad del género humano, y que es la principal fuente cultural de la sobrepoblación.¹⁴ Tal educación ha de estar más allá del predominio de las iglesias.

¹³ En esta relación resulta innegable reconocer cierta centralidad del ser humano, éste es el agente, el administrador, el creador de valores, pero ha de tratarse de un antropocentrismo débil, según la expresión de Norton, pero capaz de incorporar la naturaleza no como ideal humano, sino como una condición de nuestra existencia concreta.

¹⁴ Silva, J., “El largo peregrinar hacia la humanización”, op.cit., ; Irvine, S., y Ponton, A., “Demographic explotion”, en *A green manifesto*, MacDonald Optima, London, 1998, pp. 17-18 y 22-23.

En particular, en la situación actual hemos de reconocer que si tenemos consideración ética hacia el ser humano (varón y mujer) y la naturaleza, nos conviene además de educar, diseñar políticas participativas de control natal. Tales políticas no por fuerza han de ser draconianas, pueden ser a través de estímulos, y, ante todo, mediante la conciencia. La ONU ha calculado el límite de dos hijos para no causar más daños al planeta; corresponderá a cada quien asumir su responsabilidad.¹⁵

¹⁵ Misma referencia que la de la nota 1.